

Sobre ruidos y furias: un recorrido por la violencia del Novecientos europeo

On Noises and Furies: A Journey Through the Violence of the European Nine Hundred

Fernando Hernández Sánchez
Universidad Autónoma de Madrid
fernando.hernandez.sanchez@uam.es

Recibido en octubre de 2020
Aceptado en noviembre de 2020

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.4.19254

RESUMEN

La violencia es un fenómeno repudiado hoy en día por la cultura cívica y política de los países avanzados. Pero no siempre, ni hace mucho, fue así: durante buena parte del siglo XX y en casi todos los puntos geográficos del viejo continente, la violencia protagonizó las relaciones entre estados, entre naciones, entre grupos étnicos y entre clases sociales. La violencia, esa partera de la Historia en frase apócrifa atribuida a Karl Marx, se apoderó de las pasiones humanas y definió la forma en que se debían resolver las pugnas de hegemonía entre los distintos modelos de sistema —capitalismo, comunismo—, de gobierno —democracia, dictaduras— y de convivencia —nacionalismo, pluralismo—. Es al estudio de este hilo conductor de la historia reciente al que Julián Casanova ha dedicado su último ensayo.

Palabras clave: Europa, violencia, historia, siglo XX, guerra, contemporaneidad.

ABSTRACT

Violence is a phenomenon currently repudiated by the civic and political culture of advanced countries, but not always, nor long ago, it was like this: for much of the 20th century and in almost all the geographical points of the old continent, violence he starred in relations between states, between nations, between ethnic groups and between social classes. Violence, that midwife of History in an apocryphal phrase attributed to Karl Marx, seized human passions and defined the way in which the struggles of hegemony between the different models of system —capitalism, communism—, of government —democracy, dictatorship— and coexistence —nationalism, pluralism—. It is to the study of this common thread of recent history that Julián Casanova has dedicated his latest essay.

Keywords: Europe, violence, history, 20th century, war, contemporaneity.

Referencia

Hernández Sánchez, F. (2020). Sobre ruidos y furias: un recorrido por la violencia del Novecientos europeo. *Conciencia-Social (segunda época)*, 4, 155-164. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.4.19254

En su *Age of Extremes*, traducido en español como *Historia del siglo XX* (Hobsbawm, 1995),¹ el historiador británico Eric J. Hobsbawm enunció su ya célebre tesis sobre la existencia de un “corto siglo XX” cuya cronología estaría horquillada por 1917, en su origen, y 1991, en su fin. O lo que es lo mismo: por el estallido de la revolución rusa y la desaparición de la Unión Soviética nacida de ella. Todo un periodo histórico marcado por el fulgor, el cénit y el ocaso del mito de Octubre. Para Hobsbawm, una de las consecuencias de la desarticulación del mundo que quedó pulverizado, junto con el “largo siglo XIX” de las revoluciones burguesas, la industrialización y el optimismo científico, en los campos de batalla de Flandes, Caporeto y los Lagos Masurianos, habría sido la brutalización de la política. Los choques sangrientos a los que se habituaron las calles, cervecerías y campos de la Europa de entreguerras fueron protagonizados por fraternidades de excombatientes que se habían adiestrado en todas las modalidades de agresión y asesinato y que encontraron en la política un pretexto para seguir dando rienda suelta a su frustración y sus instintos.

El libro de Casanova (Casanova, 2020) contiene en sus primeras páginas una refutación de esta tesis: la violencia era una asignatura que ya venía aprendida desde mucho antes de 1914 y cuyos efectos no hubieron de aguardar hasta la consumación del trauma colectivo en 1918. Casanova impugna también la idea de que en la centuria pueden apreciarse dos periodos esencialmente distintos: una primera mitad violenta, indeleblemente marcada por las dos grandes mega masacres, los genocidios mayores y las grandes purgas, y una segunda pacífica, al menos en lo que respeta a Europa occidental aunque no así en la Europa del Este influida por el estalinismo o en los países mediterráneos, donde pervivieron durante mucho tiempo caudillajes de extrema derecha. La violencia, en opinión del autor, atravesó todo el arco del siglo si bien, como es evidente, con ritmos de intensidad e idiosincrasias diferentes.

No fue necesario aguardar al pistoletazo de Sarajevo para que la violencia estallara en la cara feliz de un continente hasta entonces cautivado por las dulzuras de la *Belle Époque*. El siglo XX se inició bajo los auspicios funestos de la concurrencia de cuatro factores: el terrorismo, de raíz anarquista y nacionalista, con vocación magnicida, que se extendió desde las últimas décadas del XIX y que, en última instancia, encendería la mecha del polvorín con el asesinato del archiduque

¹ En su versión original fue publicado en 1994, un año después llegó la primera edición en español.

Franz Ferdinand y su esposa; el militarismo, que impregnaba la escala de valores de sociedades que no acaban de abandonar el universo simbólico aristocrático, como señaló Arno Mayer (Mayer, 1994); el imperialismo, con su corolario de supremacismo blanco, autocomplacencia cultural y su prurito eugenésico; y esa forma antigua de pornografía moral (Goebbels *dixit*) que era el antisemitismo, de larga data y criminales manifestaciones. Un cóctel explosivo que se consumía en primer lugar en ese mundo colonial diseñado por la Conferencia de Berlín en 1885, y cuyo balance en forma de pérdida de vidas humanas y genocidios —el de los pueblos herero y namaqua, en la actual Namibia sometida al II Reich alemán, el de los nativos congoleños aherrojados a la más abyecta explotación por Leopoldo I, rey de los belgas, o las hambrunas deliberadamente provocadas en la India por los británicos— harán del colonialismo el tercer gran responsable de la muerte masiva de personas en la era contemporánea, junto con el nazismo y el estalinismo.

Si se quisiera aducir que las anteriores muestras de barbarie tuvieron lugar en otras latitudes, en guerras en territorios exóticos donde no imperaban las reglas de la caballerosidad en el combate, cabe responder que fue en la zona de contacto de tres grandes imperios con raigambre europea —la doble corona del austro-húngaro, el otomano y el ruso— donde eclosionaron las manifestaciones de lo que iba a ser una monstruosa constante del siglo. Fue en los Balcanes, esa región del continente que, en palabras de Churchill, era capaz de producir más cantidad de intensidad histórica de la que era capaz de digerir, donde el mosaico de etnias, nacionalidades y lenguas que entraban en contradicción con la voluntad homogeneizadora de la lógica del Estado-Nación estalló en forma de desplazamiento forzoso de poblaciones alógenas, limpieza étnica y exterminio. Bosnios musulmanes del reino de Serbia y armenios de Turquía fueron las víctimas propiciatorias de esta primera pulsión genocida en el solar europeo.

La Gran Guerra (1914-1918) supuso un salto cualitativo respecto a las anteriores, no solo por el hecho de que involucrase a las principales potencias de la época con todo el potencial de su industria puesto al servicio de la destrucción de vidas y bienes. El rasgo novedoso y definitorio, que heredarían los restantes conflictos armados del siglo fue el incremento exponencial de víctimas civiles, objetivo táctico de bombardeos, deportación, violación, hambre y represalia. La Primera Guerra Mundial supuso la entrada en la era de la guerra total, donde se desdibujaban las diferencias entre frente y retaguardia, donde la población civil era

un objetivo más a batir y en la que el enemigo no solo estaba enfrente, sino también a la espalda.

Las derivadas de aquella guerra, entre las que destaca el desencadenamiento de las dos revoluciones rusas (de abril y octubre de 1917) y la amenaza del comunismo, dieron pie a un periodo que Casanova califica de guerra sin límites. No se trataba de conflictos binarios ni de interpretación sencilla: en su etiología estaban mezclados revolución y contrarrevolución, guerra civiles, guerra de clases, guerras de etnias, guerras entre quienes se consideraban representación de la Nación —con mayúsculas— y a quienes se despreciaba como encarnación de la Antinación —ídem—. Eran guerras agónicas, sin posibilidad de transacción; guerras escatológicas, en las que solo uno de los proyectos de futuro debía prevalecer, aplastando incondicionalmente al otro. Ciertamente, eran guerras sin límites. De ahí su inédita e ingente capacidad mortífera.

La violencia no cedió con el silencio de los frentes en noviembre de 1918. Los años que abarcan el periodo de entreguerras estuvieron marcados por la continuidad de las culturas de la guerra y la revolución. A ello se sumó que la desaparición, sobre todo en el Este de Europa, de las viejas estructuras supraestatales que habían mantenido una realidad federal *sui generis*, como el Imperio de los Habsburgo, y su sustitución por pequeños estados-nación con vocación de uniformidad cultural, lo que suscitó un clima de continua confrontación entre mayorías y minorías que albergaba en su seno la semilla de futuras limpiezas étnicas. Añadamos a ello la persistencia de un imaginario de la violencia entre las fraternidades de excombatientes en trance de difícil reinserción en la vida civil, jóvenes radicalizados glorificadores de una experiencia bélica que se les había escapado por poco, hombres que despreciaban a las mujeres y su papel social ascendente y viejos cultivadores del odio antisemita actualizado con el barniz de la conspiración bolchevique. En aquellos lugares donde emergió una cultura de la derrota —la Alemania de Weimar “apuñalada por al espalda”, la Austria amputada de su territorio y antiguo esplendor, los territorios orientales con minorías expiatorias y entre las distintas facciones de rusos blancos—, el ejercicio de la violencia de manera colectiva, punitiva o vengadora fue un rasgo más de la praxis política.

Por otro lado, en la izquierda, las lógicas del vanguardismo, la autodefensa y la convicción de la inminencia de la lucha final promovieron asimismo la proliferación de milicias de juventud y partido. En el Estado donde había triunfado la revolución

socialista, la guerra civil, primero, y la percepción del estado de cerco, después, dieron lugar a la creación de estructuras represivas de la contrarrevolución, campo semántico que se ensanchó para incluir a todos aquellos clasificados no solo como adversarios, sino como disidentes en acto o en potencia. Blancos, enemigos del pueblo, *kulaks*, trotskistas, bujarinistas y demás fracciones “antipartido” acabaron cayendo bajo la lupa de la *Cheká* y la NKVD o sometidos a juicios ejemplarizantes en las grandes purgas de 1937.

La pugna entre la influencia ejercida por la URSS y la contrarrevolución opuesta en todo el glacis de la Europa oriental, estimulada por las potencias occidentales, estuvo impregnada de unas dosis tales de violencia paramilitar, interétnica y hasta sexual —desde la misoginia manifiesta de un Marinetti como expresión lírica del fascismo a las violaciones masivas como voluntad de aniquilación de las minorías alógenas— que solo se pueden entender si, como dice Holquist, citado por Casanova, se aprecia la violencia desencadenada a partir de la guerra civil como algo no específicamente ruso ni bolchevique, sino como “el caso más intenso de la guerra civil europea que se extendió hasta los años 30” (Casanova, 2020, p. 95). Solo las democracias occidentales, aunque a la defensiva en el plano diplomático y atravesadas por la profunda crisis económica y social derivada de la Gran Depresión, se mantuvieron a salvo gracias a la fortaleza del estado y de sus fuerzas armadas, a la solidez de la cultura parlamentaria y a la ausencia de graves conflictos étnicos y fronterizos. En el Reino Unido, Oswald Mosley no pasó y en Francia, Jacques Doriot y Marcel Déat precisaron de la ocupación alemana para pasar.

La Segunda Guerra Mundial (1939-1945) fue la puesta en escena apocalíptica de una violencia total, sin fronteras y que rebasó cualquier freno moral preexistente. Su huella indeleble, su legado infame perpetuo fue la praxis del genocidio planificado y ejecutado con la precisión de un proceso industrial gestionado con pulcritud burocrática. Fue la *Shoáh* antijudía, ya fuera por fusilamiento en Babi Yar o por gaseado en Treblinka; fue el *Porrajmos* antigitano en Auschwitz o Jasenovak; el exterminio de eslavos, presos políticos, homosexuales, objetores de conciencia. Fueron las represalias contra la población civil en Oradour o la Risiera de San Sabba. Fueron las depuraciones sociales, étnicas y políticas, como la de los alemanes del Volga en la URSS. Y, en sus amenes, como también lo había sido en sus principios, la violencia sexual, tanto simbólica —las rapadas, la purgas con

aceite de ricino y el subsiguiente escarnio público— como las violaciones masivas perpetradas en los territorios alemanes ocupados por los soviéticos y, en menor medida, aunque también, por los aliados y sus fuerzas auxiliares. Como colofón, el fin de la guerra fue también escenario de la “depuración salvaje” ejecutada contra los antiguos colaboracionistas. No en balde, la guerra contra la ocupación alemana fue indisoluble, particularmente en Francia y sobre todo en Italia, de una guerra civil.

Una vez concluida la segunda guerra mundial, sostiene Casanova, Europa occidental construyó un nuevo orden democrático basado en la creación de un sistema de bienestar generalizado, una superación de las viejas rivalidades estatales mediante mecanismos de integración económica y el estrechamiento de lazos de seguridad con los Estados Unidos. Al excluir del horizonte los riesgos asociados al nacionalismo y el militarismo, los máximos responsables de las dos grandes guerras del siglo, los países occidentales, desterraron la violencia como recurso en la política interior y exterior. Esa violencia habría encontrado asilo en los nuevos regímenes comunistas del Este, impuestos por el Ejército Rojo en pos de la conformación de un glacis de seguridad para la Unión Soviética. Como resultado de la segunda glaciación estaliniana, la persecución de los partidos burgueses, primero, y las purgas para la sustitución de las direcciones comunistas autóctonas, procedentes de la resistencia o calificadas de “cosmopolitas”, después, fueron una recidiva en aquel bloque en el que la contestación social, cuando estalló —Berlín, Poznan, Budapest, Praga— fue sofocada por la “paz de los tanques”. La violencia también permanecería relicta en las veteranas dictaduras derechistas del sur, con el añadido de la guerra civil griega, una disputa por cerrar en la zona de falla entre ambos bloques.

Creo que es en esta última parte donde cabe discutir algunos aspectos del ensayo de Casanova. En Europa occidental, la mayor proporción de violencia se desplazó a los conflictos que las metrópolis mantuvieron con sus colonias en el contexto de sus guerras de emancipación. Entre 1946 y 1970, los británicos lucharon en Eritrea, Palestina, la Indochina francesa, las Indias Orientales holandesas, Malasia, Egipto, China y Omán, y así hasta un total de treinta y cuatro intervenciones militares en el extranjero en algunas de las cuales, como en el caso de Indochina, las órdenes eran las de actuar de manera implacable. La misma que los belgas consintieron en el Congo a comienzos de los 60.

Pero no toda la violencia se expelió fuera de Europa, y no a corto plazo. El caso francés en el marco de la guerra de Argelia ofrece un claro ejemplo de resistencia a la atenuación de la brutalidad, ejercida en este caso por el estado. Podría argumentarse que los hechos del 8 de mayo de 1945, cuando al mismo tiempo que se celebra el día de la Victoria aliada en Europa se produjeron las masacres de Sétif y Guelma —entre 6.000 y los 20.000 muertos a manos de las fuerzas del orden y las élites metropolitanas— en un escenario extraeuropeo y en el marco del arranque de una guerra colonial. No debe obviarse, en cualquier caso, que al ser en ese momento Argelia un departamento más de la República, las víctimas eran estatutariamente francesas. Como también lo eran, aunque ostentaran una ciudadanía de segunda categoría, los entre 200 y 393 muertos —de nuevo, un número indefinido— el 17 de octubre de 1961, arrojados al Sena desde el puente de Saint-Michel, en el corazón de París, o inhumados en secreto a raíz de la intervención policial contra una manifestación de trabajadores de origen argelino que protestaban contra el toque de queda impuesto para ellos en la capital. Una policía a las órdenes de un prefecto de turbio pasado colaboracionista, Maurice Papon, responsable también de la masacre del metro de Charonne (París, 8 de febrero de 1962), donde resultaron muertos nueve militantes del PCF y la CGT que secundaban las movilizaciones de protesta contra los atentados de la OAS. Saint-Michel y Charonne fueron las últimas réplicas de una violencia estatal que atravesó los años centrales de la guerra fría y que en Francia ya había dado muestras de contundencia con motivo del aplastamiento de las denominadas “huelgas Molotov” en 1947-1948 —donde se empleó al ejército para tomar las cuencas hulleras— o la protesta contra la presencia del general norteamericano Matthew Ridgway (28 de mayo de 1952), al que la propaganda comunista acusaba del uso de armas bacteriológicas en Corea y que se saldó con dos manifestantes muertos.

Mucho más grave fue el balance de aquellos años en Italia: desde el atentado contra Palmiro Togliatti (14 de julio de 1948) hasta la huelga general convocada por la CGIL (22 de marzo de 1950), fueron muertos por la policía un mínimo de 122 manifestantes (Hernández Sánchez, 2018). En el otro bloque, los levantamientos de Berlín Oriental (1953) y de Poznan (1956) contabilizaron de 25 a 55 en el primer caso; y entre 57 y 74, según las fuentes, en el segundo. La intervención en Hungría (1956) dejó un rastro de 4.000 bajas. El sofocamiento de la Primavera de Praga (1968) costó 72 vidas; el mismo año, el Mayo francés contó 7.

Desde la década de los 70, la violencia estatal para el mantenimiento del orden fue desechada en la mayor parte del continente, a un lado y al otro del Elba, lo que no quiere decir que no subsistieran focos de ella, como en el enquistado conflicto de Irlanda del Norte. Allí, la combinación de atentados ejecutados por fuerzas paramilitares republicanas y unionistas con la actuación del ejército británico, que mantuvo un despliegue de ocupación durante 38 años en los condados del Ulster, alimentó una dinámica sin parangón con otros conflictos originados por la mecánica acción/reacción del terrorismo y sus antagonistas estatales y paraestatales. Si se acepta un balance de víctimas mortales de 3.720 y de alrededor de 107.000 heridos² en atentados entre 1966 a 2006, significaría que casi el dos por ciento de la población de Irlanda del Norte habría padecido de forma directa la violencia política. Para hacerse una idea comparativa, esa proporción equivaldría a unas 100.000 personas en el Reino Unido y más de medio millón en los Estados Unidos, lo que otorga al norirlandés los rasgos de un conflicto de alta intensidad y de larga duración con las dimensiones, en cuanto a costes humanos, de una guerra civil larvada.

Si bien el del IRA fue un caso heredado de la particular forma de resolución de la independencia irlandesa en 1921, otros grupos asolaron la vida civil en Europa occidental en los turbulentos años 70, con etiologías distintas: los hubo de naturaleza vanguardista y anticapitalista, como las Brigadas Rojas en Italia, Acción Directa en Francia o la Fracción del Ejército Rojo en Alemania; nacionalistas independentistas, como ETA en España; interesados en la estrategia de la tensión a beneficio de la geopolítica atlantista, como los oscuros grupos cubiertos por la red Gladio, o instrumentos de la infiltración de los servicios de información a beneficio de tramas golpistas, como los GRAPO, amén de los actos perpetrados por las distintas ramas armadas palestinas que eligieron como caja de resonancia territorio europeo. Los medios no convencionales empleados por los estados para combatir el terrorismo también se cobraron, aunque en menor cuantía, su cuota de víctimas. Como resultado de todo ello, desde 1970 y hasta diciembre de 2015 se registraron más de 24.000 actos de terrorismo en Europa con un saldo de más de 19.000 muertos (Galán et al., 2018).

Cuando entre 1989 y 1991, el sistema comunista se derrumbó como un castillo de naipes, lo hizo sin más violencia que la que tuvo lugar en uno de sus lugares excéntricos, la Rumanía de Ceaucescu. Los Balcanes merecen capítulo aparte. La

² McKittrick et al., 2006, pp. 1551–54. Cita recuperada de <https://bit.ly/3772A0S>

última ola de violencia que recorrió Europa en el siglo XX fue la derivada de la implosión de Yugoslavia. Allí donde había empezado el siglo, en Sarajevo, se concitaron de nuevo todos los fantasmas de la violencia: nacional, étnica, sexual. Como señala Casanova, no fue el resultado de una maldición histórica o de “odios ancestrales”, sino el resultado de una deliberada excitación de las identidades por parte de las élites, con la intención de llenar con ellas el vacío dejado por la caída del comunismo y con la voluntad de preservar sus privilegios de *nomenklatura* en proceso transicional. La barbarie de la guerra de los Balcanes —a la que la opinión pública europea asistió espantada a través de la televisión— con sus deportaciones, violaciones sistemáticas, ejecuciones masivas, imágenes de campos de concentración y la pasividad internacional ante el sufrimiento de ciudades sometidas a cerco, resucitó los viejos fantasmas de Europa.

Casanova concluye su ensayo con un epílogo cargado de ideas que proponen, tomadas en bloque o por separado, sugerentes líneas de reflexión. Si los pasados de Europa se caracterizaron por su fractura, los presentes no están, a pesar de la pertenencia a una misma entidad supranacional —la Unión Europea— menos divididos. Los populismos nacionalistas, las tentaciones soberanistas y las pulsiones iliberales, tejidas de revisionismo histórico, ponen en grave riesgo el futuro del proyecto democrático europeo que supuso, durante las últimas décadas del siglo XX, el definitivo destierro de la violencia como herramienta de los estados contra sus ciudadanos; de los grupos, las clases y las minorías entre sí; y de unas naciones contra otras. La Historia, y estamos plenamente de acuerdo con ello, tiene como labor descubrir modestamente las verdades y no servir nunca más para justificar la barbarie. Eso al menos deberíamos haber aprendido.

REFERENCIA PRINCIPAL

Casanova Ruiz, J. (2020). *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*. Crítica.

REFERENCIAS

Galán, J., Abad Liñán, J.M. y Alameda, D. (4 mayo 2018). El rastro mortal de las bandas terroristas que sacudieron Europa occidental. *El País*.
<https://bit.ly/379rXzp>

Hernández Sánchez, F. (2018). *La frontera salvaje: un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950)*. Pasado&Presente.

- Hobsbawm, E.J. (1995). *Historia del siglo XX*. Crítica.
- Mayer, A. (1994). *La persistencia del Antiguo Régimen*. Alianza.
- McKittrick, D., Kelters, S., Feeney, B., Thornton, C. y McVea, D. (2006). *Lost Lives: The Stories of the Men, Women and Children who Died as a Result of the Northern Ireland Troubles*. Random House.